

INSTITUTO DUARTIANO

—Vol. III—

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Duarte
Romántico

(DISCURSO DE INGRESO EN EL INSTITUTO DUARTIANO.
CONTESTACION DEL LIC. PEDRO TRONCOSO SANCHEZ)

EDITORIA DEL CARIBE, C. por A.,
Santo Domingo, R. D.,
1969



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO

Vol. 1.—Rosa Duarte, **Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo y para la biografía del General dominicano Juan Pablo Duarte y Díez**. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi. (En preparación).

Vol. II.—Dr Carlos Federico Pérez y Pérez, **Duarte: Ideal y realidad**, S. D., 1968, 58 p.

Vol. III.—Emilio Rodríguez Demorizi, **Duarte romántico**. Discurso de ingreso en el Instituto Duarteño. Contestación del Lic. Pedro Troncoso Sánchez. S. D., 1969.



INSTITUTO DUARTIANO

—Vol. III—

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Duarte
Romántico

(DISCURSO DE INGRESO EN EL INSTITUTO DUARTIANO.
CONTESTACION DEL LIC. PEDRO TRONCOSO SANCHEZ)

EDITORA DEL CARIBE, C. por A.,
Santo Domingo, R. D.,

1969





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DUARTE ROMANTICO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

RECEPCION PUBLICA DEL 16 DE JULIO DE 1969, —ANIVERSARIO
DE LA TRINITARIA— EFECTUADA EN EL LOCAL DEL
ATENEEO DOMINICANO.



Compañeros del Instituto Duartiano,

Damas y Caballeros:

Porque pertenecer a este benemérito Instituto Duartiano implica la doble responsabilidad de una labor y una conducta en que es numen el Padre de la Patria, y porque vengo a ocupar el sitio vacío por la muerte del insigne ciudadano que fue don Haim López Penha, insigne por su noble saber, por su desbordada espiritualidad y por su don de poesía y de bondad, mi honda gratitud para vosotros, a quienes debo tal honor, no la expreso ni encarezco sino que la dejo suspensa en la utópica esperanza de ser integralmente lo que deberíamos ser todos los dominicanos: **duartianos, duartianos** en toda la riqueza y extensión de la Palabra.

De aquel diamante humano que fue José Martí, apenas hay una faceta descuidada por los artífices martianos. Como es la época, en las letras cubanas, de la investigación de Martí, cada día se alza una voz devota para mostrar un nuevo aspecto del Apóstol . . .

Así exclamaba lustros atrás y algo así quisiera decir en este instante, dejando de lado el nombre de Martí por el de Duarte, pero es ahora, tardíamente, cuando empieza entre nosotros la investigación del Padre de la Patria, acometida al fin por este meritisimo Instituto de cuya proficua labor no ha de tener duda quien conozca la clara inteligencia, el alto espíritu y el patriotismo del ciudadano ilustre que lo preside.

Emiliano Tejera y su admirable hijo Emilio, Monseñor de Meriño, Federico Henríquez, José Gabriel García y sus dignos



hijos Leonidas y Alcides, y tantos otros, estudiaron la mesiánica vida del Patricio, pero es menester un análisis más vasto, análisis de laboratorio en que no quede desconocida una sola sustancia del ser maravilloso; grata y fecunda labor, porque la vida y la obra del Trinitario es “cristal que para cada luz tiene una irisación”.

Como quien cumple, pues, un acto de conciencia, vengo a sumarme en la faena colectiva del Instituto, animado por el férvido empeño de señalaros uno de los aspectos de mayor trascendencia en la vida de Duarte, el más iluminante y sin embargo apenas conocido: DUARTE ROMANTICO.

Decir que Duarte fue un romántico, que su obra política y sus escritos fueron de esencia romántica, tiene capital significación histórica, porque fueron los románticos los revolucionarios del siglo XIX, desde Hugo y Byron, en Europa, hasta Bolívar, en nuestro Continente: de ahí que la palabra libertad fuese el lema del movimiento romántico.

Afirmar que Duarte fue un romántico, en el grado que lo fue, equivale a incorporarlo a la historia del romanticismo en la América hispana; y es darle más conspicuo lugar en nuestra historia literaria, y asimismo en la política, como glorioso introductor del romanticismo en nuestra Patria, honor que hasta ahora se discernía exclusivamente al poeta y patriota Manuel María Valencia. Duarte, romántico, es ya un prócer de más alta categoría que la que se le reconoce devotamente desde antes de la fundación de la República.

Por el año de 1826 el adolescente Juan Pablo Duarte y Diez parte hacia Europa, vía Norte América, donde ha de pasar algunos años de fecundo aprendizaje, y ha de caldear el alma varonil al Sol de sus antepasados, según la frase de Meriño. Viaja por Inglaterra, Francia y España, y en Barcelona, tierra amada de los dominicanos, fija su residencia de estudiante y de prócer en cierne, vivos aún los ecos de la caída de Lord Byron, la máxima figura del romanticismo inglés, poeta y héroe romántico por excelencia.

Era la época en que Europa bullía en el vértigo del romanticismo, en los años de plenitud de su primera época, “como ins-



trumento potencial” de las grandes causas, de las luchas por los ideales nobles, por la libertad. Los románticos, los poetas, llenaban los aires con las declamaciones y los gritos de sus anhelos y de sus esperanzas. La vida toda, impregnada de aspiraciones vehementes, era “un caudal de ímpetus”, de ansias incontenibles, de sed insaciable de todo lo que significara la realización de esos ideales.

Duarte se halló así en la vorágine, en el centro hispano de mayor ebullición romántica. Basta decir que fue la revista barcelonesa **El Europeo** la introductora del romanticismo en toda la Península Ibérica; de la embriaguez de la naturaleza moral, como lo llama Madama Stael.

¿Cómo, pues, había de permanecer ajeno a lo que se suscitaba en torno suyo en el vasto escenario de Europa? ¿Cuáles fueron las influencias recibidas por su juvenil espíritu, ávido y sensible?

Cuando el joven romántico Théophile Gautier escribió su **Viaje a España**, por el 1840, en que expresara con tan vivos colores su ardiente admiración por la “romántica España”, ya Duarte, apenas salido de la adolescencia, se había ausentado de la tierra española. Esa cálida admiración de Gautier, que procedía de las bulliciosas márgenes del Sena, hace pensar cómo sería la admiración, la sensación y el asombro de Duarte al llegar a Barcelona, procedente de una tierra cautiva y desolada, ajena a la vida del espíritu.

Hallábase, pues, en la animada villa catalana en los momentos memorables en que reunida su juventud en juntas y academias particulares fomentaba los buenos estudios y el desarrollo cultural y político de que tal vez no pudo gloriarse “ninguna otra capital de España”. Desde su llegada a la Metrópoli hasta su retorno a la Isla, hacia 1832, época del delirio romántico español, en toda la Península resonaban los nombres de sus grandes poetas románticos de entonces, unos en plena madurez, como Martínez de la Rosa, y otros en los comienzos de su carrera fulgurante, como el Duque de Rivas y Espronceda.

Duarte asistió al singular espectáculo que fue la vida de Espronceda, en España “el primer romántico en acción”; vio na-



cer su poesía y recorrió su ruta del exilio, París y Londres, en los mismos tiempos que él. Podría decirse que en la fundación de La Trinitaria, Duarte se inspiró en la Sociedad Secreta revolucionaria Los Numantinos, creada por Espronceda en 1823. Templarios llamó Duarte a sus compañeros de La Trinitaria, y en sus versos repitió tantas veces la palabra templario —puesta en boga por Espronceda— que es, como dice Allison Peers, “el peregrino y el ermitaño utilizados por el movimiento romántico para ilustrar su concepto del cristianismo”.

En su **Historia del romanticismo español** dice García Mercahal que hay un grupo de composiciones de Espronceda en que se descubren esas íntimas rebeldías con que los espíritus nobles reaccionan frente a las iniquidades e injusticias de que la sociedad egoísta de los hombres está formada; que el poeta se compenetra con el inmenso acervo de las angustias humanas y armoniza, en un fondo de lamentaciones, su propio dolor con el dolor de todos. Tal es el caso de Duarte poeta. Su poesía, poesía de la angustia, fue la expresión de su dolor y del dolor de todos.

Es evidente que Duarte —en la Madre Patria en los mejores tiempos del romanticismo— se saturó de su fuerte acento, irapagable acento que perduraría por siempre en su vida y su obra. Así, al entrar en el reino de la poesía, se revelaría en él, inevitablemente, la influencia de los poetas románticos de España, en cuyo ámbito se había formado.

En las estrofas en que Duarte evoca la amistad de Jacinto de la Concha, dice:

Soy Templario, me decías un día,
Jacinto un tiempo de la Patria amada,
y en sacro fuego el corazón se ardía,
y Ozama el alma se sentía abrasada.
Tomás entonces con placer te oyó,
y el alto honor de ser primera ofrenda,
como un templario merecer juró
en la sagrada nacional contienda...
...Soy Templario, repetir, sí, debes
allá en el cielo tu mirar clavando...



. . . Soy Templario, repetir debemos
los que en el pecho el honor sentimos . . .

Espronceda, en la leyenda que tiene precisamente el título de **El Templario**, dice:

 Mi nombre, aunque ilustre, me es fuerza ocultar;
 saber es bastante que soy un **cruzado**
 que vuelve de tierras de allende la mar . . .

El templario de Espronceda es también el **templario de Duarte**; el **cruzado** del poeta español es el **cruzado** del poeta dominicano.

Pero todavía son más patentes las reminiscencias del **Duque de Rivas**, del “**Víctor Hugo español**”, en la poesía de **Duarte**. En **El Criollo**, versos imprecatorios contra la **Anexión a España**. exclama airado:

 Y ¡oh! cual tronara
 allá el **Benavente**,
 si al mundo tornara
 y viera a su gente:
 ¿Ya no hay **castellanos**
 diría, en mi nación?
 ¡**Afuera**, gitanos!
 ¡**Afuera** el **Borbón!**

 Mas ni hay **Benavente**,
 ni hay ya más **España**:
 su cetro potente
 tornóse de caña
 tan extraña y vana
 cual son los **Borbones**:
 su timbre un **Santana**,
 blasón sus traiciones.

En los versos de Duarte hay la clara evocación de **Un Castellano Leal**, romance del Duque de Rivas en que aparecen las figuras opuestas de **Benavente** y de **Borbón**. Para Duarte, **Benavente** es el patriota, y **Borbón**, **Santana**. Son dos situaciones se-



mejantes, ostensiblemente reveladoras de cómo Duarte abrevaba en las más nobles fuentes del romanticismo hispano. Para su evidencia bastan estas estrofas del Duque de Rivas, paralelas a las de Duarte:

No profane mi palacio
un fementido traidor
que contra su Rey combate
y que a su Patria vendió.

Pues si él es de Reyes primo
primo de Reyes soy yo;
y Conde de Benavente,
si él es Duque de Borbón.

Al verso del Duque de Rivas,

un fementido traidor,

corresponde este verso de Duarte:

sino un traidor fementido...

Para la definición de Duarte romántico tiene notorio interés otra de sus **impregnaciones** románticas de Barcelona. Está allí en tiempos de auge, en la villa catalana, del poeta inglés Eduardo Young, según Díaz Plaja una de las personalidades que pasaron “más decididamente en la elaboración del sentimiento romántico europeo”, del que parte toda la escenografía nocturna y sepulcral, una modalidad específica de la época. Y es el caso que Duarte, en cuyos escritos no hay otras menciones de escritores, repite, en su carta del 18 de marzo de 1865, dirigida a su amigo Félix María Del Monte, una frase de Young por demás romántica:

“... pues si bien dice Young que cual las flores se cierran a la caída de la tarde así el corazón del hombre en la tarde de la vida, el mío aún ha permanecido abierto al amor de mi Patria”.



Honda influencia tendría el romántico Young en Duarte, renovada en sus largos años de soledad y de dolor, cuando a la altura del 1865 aún le recordaba, si no es que por entonces sumaba su angustia en los sombríos versos del poeta.

Duarte está allá, junto al azul Mediterráneo, cuando se producen las más estruendosas explosiones del liberalismo catalán, de 1820 a 1833, es decir, en un período que sobrepasa su estada en Barcelona, y estas manifestaciones del romanticismo activo de tal modo influyen en él que de regreso en sus lares, al preguntarle el Dr. Valverde qué había sido lo que más le había llamado la atención en sus viajes, respondió vivamente: “los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra Patria”.

Pero todavía hay otras resonancias de Barcelona en la vida y obra del Patricio. Allá, en su tiempo, se repetían las delirantes representaciones de **Bruto o Roma Libre**, de Alfieri, y de **La Viuda de Padilla**, de Martínez de la Rosa, dramas que él haría representar aquí en las patrióticas funciones de La Filantrópica. Con Duarte llega a su Patria, pues, toda la actividad romántica de Europa. Su impregnación romántica había sido total. Su inmersión en las prístinas fuentes del nuevo credo, en Londres, en París y particularmente en Barcelona, hizo de él un romántico auténtico, más que un poeta de las letras un poeta de la libertad.

El futuro patricio también se hallaba en Barcelona en el período de exacerbación romántica en que predominaba allí la adoración por Walter Scott, quien —como apunta Díaz Plaja— había ofrecido a los primeros románticos “un mundo exaltado y misterioso, propicio a la más alocada de las imaginaciones”. En 1833, en un artículo acerca de la influencia de las obras de Scott en la generación actual —la generación de Duarte— el periódico catalán **El Vapor** decía: “¿Rehusaremos a Walter Scott el privilegio hermoso de habernos hecho amable la pureza de costumbres, de haber contribuido al acrecentamiento del trabajo, no menos que a la honra de la virtud?... El importante dogma de la fraternidad humana, este dogma desconocido de todos y tan útil en época cual la nuestra, resuelta, pendenciera y fratri-



cida, no halló intérprete más hábil ni abogado más ardiente”. No vacilemos en afirmar que Duarte recibió en Barcelona la romántica influencia ejercida allí por Scott. El dogma scottiano de la fraternidad humana fue dogma de Duarte y nadie como él le dio vida entre nosotros. En ningún momento de nuestra historia hubo en tan excelso grado, como en los aurorales días de La Trinitaria, “intérprete más hábil ni abogado más ardiente del dogma de la fraternidad humana”. De ese dogma romántico nació nuestra República.

El hijo de Manuela Díez tuvo el extraordinario privilegio de ser espectador —directo o indirecto— del máximo escándalo romántico de todos los tiempos: el estreno de *Hernani*. Quizás estaba en aquel momento singular en París; quizás, con mayores probabilidades, en Barcelona, pero siempre en un punto presa de la febril agitación romántica, al que llegaban de inmediato los estruendosos ecos del escándalo.

La hora triunfal del romanticismo francés —dice Allison Peers— fue la del estreno de *Hernani*, el 25 de febrero de 1830, verdadera batalla victoriosa librada contra los clasicistas —a la que asistió complacido Chateaubriand, adelantado romántico de Francia— y que devino célebre hasta por detalles pintorescos, como el del chaleco rojo que Gautier ostentaba en la ocasión a manera de enseña desafiante contra los adversarios de Hugo.

Y he aquí un sugestivo testimonio de la repercusión que tuvo en Duarte la representación del drama de Hugo. En su interesante obra *Ayer o el Santo Domingo de hace 50 años*, Luis E. Gómez Alfáu ofreció esta noticia sin parar mientes en su importancia: “Los chalecos eran generalmente de color blanco o negro. Se comenzaron a usar de otros colores en el año 1832 cuando Duarte regresó de Europa y le trajo a sus amigos como obsequio unos muy finos que estaban de moda en París. A Felipe Alfau le regaló uno rojo muy elegante”. Era, ¡nada menos!, que el chaleco rojo de los románticos, el que lució Gautier, convertido desde entonces en símbolo romántico.

En Duarte no hay un solo elemento volitivo que pueda separarse de su ideal romántico, de su ideal de Patria. En ninguna de sus nobles actividades, ni en sus escritos, verso y prosa, ni en



Los libros que poseía, en ninguna de las excelsas manifestaciones de su vida, está ausente la Patria, encarnación romántica. Hasta cuando el amor le encadena fugazmente, una y otra vez, la Patria está presente y se interpone victoriosa.

Todo en él se mueve dentro del ámbito más definidamente romántico: su vida en el Viejo Mundo en un momento romántico culminante; su retorno a la Patria con el caudal de su experiencia romántica, en los oscuros días del cautiverio haitiano, para convertir toda esa experiencia en acción liberadora; su actividad revolucionaria netamente romántica, animada por las nuevas armas del romanticismo: la poesía, los libros, el teatro, las sociedades conspirativas. En su constructiva rebeldía, en su magisterio, en sus angustiosos versos del exilio, en su vida errabunda y en su soledad, en su romántica odisea de la Restauración, en sus nostalgias, en su desolación, en su muerte, la muerte de un romántico; en todos los aspectos de su vida atormentada y miserable, se manifiesta su acendido romanticismo.

Sus conceptos de Patria y de Política, magnificados por el humanismo que le impulsa a abogar por la unidad de las razas, se funden en sus versos patrióticos, en los que predomina el acento, el estilo romántico, con sus claras reminiscencias de Espronceda y del Duque de Rivas. Duarte, fue, así, por excelencia, el romántico de la libertad. Este es, después del de Padre de la Patria, su grande y mejor título, el más propio y más pleno de significación y de sustancia.

Quien gritó a los jóvenes trinitarios, entre la hirviente multitud, el mote de **filorios**, lo que quiso decirles fue románticos. Decirle Quijote a Duarte, como le dijeron sus detractores, era llamarle romántico. Y le llamaron joven inexperto y anarquista, que también equivalía a romántico, porque todavía no parecía infamante la palabra comunista.

Duarte fue entre nosotros el primero en el romanticismo social. Para ello hubo de ser, como lo fue, uno de los primeros en el romanticismo literario. A su paso por Francia vio que el alma y el espíritu francés —como dice Picard— estaban nutridos de entusiasmo, de fe, de ternura y de amor; que se había apoderado de la Patria de Hugo un sueño de justicia y libertad; que



se nadaba en el ideal y en la ideología; que se afirmaba el derecho a la felicidad para todos y cada uno; que la escuela romántica había querido dar a las obras del espíritu un alcance filosófico, una fuerza capaz de obrar sobre la conciencia de los hombres y sobre los destinos sociales; que los hombres de pensamiento estaban preocupados por los problemas sociales de la época, por los padecimientos de la clase obrera, por los anhelos de independencia de los pueblos. Son ideas y sentimientos que hallamos, como transplantados en tierra por demás fértil, a todo lo largo de la vida de Duarte. Es la parte que le toca a Francia en la acción romántica del egregio patricio.

Las ideas democráticas de Duarte, saturadas de profundo romanticismo, de su enraizado romanticismo social, se enlazan a cada paso con las efervescentes ideas democráticas de hoy: que el Gobierno se establece para bien general de la asociación; que es y **deberá ser siempre popular en cuanto a su origen**, son expresiones de Duarte que parecerían, más que de Américo Lugo, de los jóvenes adalides de la generación presente.

En su Proyecto de Constitución, en el revelador artículo veinte, dice:

La Nación está obligada a conservar y proteger por medio de sus delegados, y a favor de leyes sabias y justas, la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen sin olvidarse para con los extraños, a quienes también se les debe justicia, de los deberes que impone la Filantropía.

Lo que revela que Duarte fue el primero entre nosotros en unir el concepto de libertad y el de propiedad a los conceptos derivados de las leyes sabias y justas y de los deberes que **impone la Filantropía**, que son en esencia los principios de las luchas sociales de nuestro tiempo, desde Hostos —se dijera— hasta Juan XXIII. El ideario político de Duarte, pues, su magno apostolado, es cosa vigente, de fuerza imperativa, quizás mucho más para mañana que para nuestros días.

¡No es caudal escaso el que trae consigo, en la mente y en el corazón, quien llega a su Patria con ansias de libertarla, des-



pués de fecundo viaje bajo el delirio romántico de la época. Como José Mazzini, creador de los ideales románticos de los jóvenes italianos y de la Joven Europa, en 1832, lo primero que ha de hacer al llegar al Ozama es despertar el sentimiento romántico entre sus compatriotas, y así crea, en acto por demás romántico, La Trinitaria, sociedad definitivamente romántica. Hasta el número de sus fundadores es cifra romántica, nueve, como los nueve templarios de Godofredo de Bouillón que permanecieron con él en Jerusalem después de la partida de los cruzados.

Como el romanticismo alemán, que libra su primera gran batalla contra Napoleón, el romanticismo dominicano, animado por Duarte, se forja y enriquece en su lucha contra el haitiano. El medio es también medio romántico, propicio al surgimiento de poetas y de libertadores: el recinto, conventual y militar al mismo tiempo; el ancho Ozama, con su lentitud lacustre; las ruinas de edificios ilustres, tan cantadas por los románticos; y por encima de todo la inenarrable tristeza de los dominicanos, hundidos en la lóbreguez de la dominación haitiana, del “cautiverio babiónico”, sin la más remota esperanza de redención. Tal es el ámbito de la villa que ya merece el título de Ciudad Romántica, en que Duarte inicia su empresa libertadora y en la que ha de contar con románticos de tan definidas características como Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco, o quizás mejor, el romántico loco.

El caso de Duarte, pues, es decir, del hispanoamericano que viaja al Mundo Antiguo y que retorna a su Patria con el singular presente del romanticismo, se repite sorprendentemente en nuestra América, en primer término en Venezuela, porque fue Bolívar la mayor figura romántica, americana, de su tiempo. Pero es un romántico argentino el de mayores semejanzas con el romántico dominicano. Después de haber vivido en París durante los agitados años de la batalla romántica, de haber asistido a la resonante representación de **Hernani**, el argentino **Echeverría** regresa a Buenos Aires y junto con otros jóvenes forma una sociedad literaria en que se congrega la primera generación romántica bonaerense opuesta al tirano Rosas. Como **Echeverría**, que fue el numen de los antirrosistas que dieron a la Argentina su organización liberal, así Duarte, en la actividad ro-



mántica que culminó en la creación de La Trinitaria, fue el nudo del separatismo, pórtico de la República.

La prédica de Echeverría —señala Anderson Imbert— quizás el más brillante discípulo de Pedro Henríquez Ureña— fue sobre todo oral. Hemos perdido —dice— lo mejor de su inteligencia y el secreto de su magisterio sobre los jóvenes que le rodeaban y seguían; pero por pálidos que sus escritos resulten en comparación con el efecto de su palabra viva, hay en sus obras enseñanzas permanentemente sólidas.

Huelga señalar la identidad entre la labor de Echeverría y la de Duarte. La prédica del eximio dominicano fue también sobre todo oral: también se perdió lo mejor de su inteligencia y el secreto de su magisterio sobre los jóvenes trinitarios que le rodearon y siguieron, y ni aún sus escasos escritos recogen la resonancia de su palabra, la palabra mesiánica que encendió la llama del patriotismo dominicano para luego apagarse en el olvido, pero cuya desaparición fue como la de la simiente cuando nace el árbol.

Todas las características del tipo romántico aparecen cabalmente en Duarte: el espíritu revolucionario, el vehemente nacionalismo, la propensión a lo sentimental y generoso, la imaginación mística, el cálido y vivo sentimiento de la amistad, de la que es paradigma la que le une a Juan Isidro Pérez, el más ardiente y más sensible de todos sus amigos; el amor a la soledad, refugio del romántico desdichado, que llega en Duarte a la máxima culminación en sus largos años de olvido en su propio hogar caraqueño, perdido en las oscuras lejanías de Venezuela.

Poseído de sus sueños, de su invencible ideal de Patria, ideal romántico, no se aviene a la realidad y prefiere vagar triste y solitario por las selvas inexcrutables. Hay en él el conflicto entre el ideal y la realidad —propio de algunas magnas figuras del romanticismo, como Novalis, Schiller, Schlegel y aun de Goethe— el conflicto representado en *Manfredo*, el poema de Byron.



Otra de las características del romántico, su devoción por los grandes autores del Siglo de Oro, se descubre en Duarte, en su evidente reminiscencia de la Egloga segunda de Garcilaso:

Vosotros los del Tajo en su ribera
cantaréis la mi muerte cada día. . .

Y Duarte:

Cantad sublimes cantoras,
las de la patria ribera. . .
Cantad alegres sirenas,
las del Ozama en la orilla

La poesía de Duarte contiene los ingredientes típicos de la poesía romántica: en primer término la preferencia por el romance, característica de los poetas románticos, el metro nacional, como lo llamaba el Duque de Rivas; el amor a la naturaleza, la historia heroica, las confesiones dolorosas, las quejas contra el destino, la melancolía, las aspiraciones sociales y patrióticas, todo ello en “una versificación profusa y varia”. Guardadas las distancias, en Duarte hay algo de los grandes poetas del romanticismo; algo de Espronceda, particularmente del político; algo del Duque de Rivas, de sus romances, de su poesía patriótica; algo de Leopardi, “estoico que clama el dolor de la vida” y expresa el sufrimiento de un pueblo sojuzgado.

El himno de la Restauración escrito por Duarte en 1864, corresponde a lo que podría llamarse su última aventura romántica, en la que le acompaña el joven poeta Rodríguez Objío, arquetipo romántico de su generación. No es un Byron que corre a libertar la Patria ajena, sino el expatriado que a la manera de los poetas del destierro, de que ha sido tan pródiga la América hispana, torna a su Patria a ofrendarle su último servicio, aún a costa de la vida, como lo dice en el Coro:

Por la Cruz, por la Patria y su gloria
denonados al campo marchemos:
si nos niega el laurel la victoria,
del martirio la palma alcancemos.



Toda la poesía de Duarte, en fin, como toda su prosa, es de la más pura esencia romántica. Fue un romántico del pensamiento y de la acción.

Si a Manuel María Valencia se le atribuyen las primeras notas poéticas románticas, no más allá del marco literario, a Duarte es menester reconocerle como precursor de nuestra poesía civil; como el verdadero introductor del romanticismo en su tierra nativa: darle a la juventud de su tiempo un ideal de cultura y libertad, fundar La Trinitaria y crear la República, fue una auténtica actividad romántica.

Que en cada uno de nosotros, los duartianos, haya, pues, el ardiente afán de descubrir en Duarte alguna virtud nueva; que cada uno de nosotros aspire a la gloria inefable del hallazgo de algún aspecto desconocido del Patricio; que en cada uno de nosotros haya algo del romanticismo del Padre de la Patria.

Que sobre nuestras conciencias no se proyecte la sombra de ningún acto antidemocrático, es decir, de ningún acto antiduartiano.



**CONTESTACION DEL
LIC. PEDRO TRONCOSO SANCHEZ**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Señoras y Señores:

Haber ganado la cooperación de Emilio Rodríguez Demorizi representa para el Instituto Duarte uno de los hechos que más le aseguran el cumplimiento de su fundamental misión de investigación y estudio de la personalidad y la obra de Duarte, condición indispensable al cometido de divulgación de la verdad histórica y del ejemplo duartiano edificante, comprendido entre los fines del Instituto.

Por eso me honra y me complace sobremanera ofrecer el saludo de bienvenida al seno de la institución al consagrado historiador que durante años y años, con perseverancia indomable, y sin que nada ni nadie haya logrado separarlo del destino que se ha impuesto —él dice que no le vende su tiempo a nadie— ha ido descubriendo y desentrañando papeles, en archivos nuestros, en archivos de otros países americanos, en archivos de Europa, y sacando a la luz, en una cantidad de obras que ya se acerca a la centena, un caudal de noticias y de datos verdaderamente impresionante, suficiente para aportar abundante material paleográfico a críticos y estudiosos.

No es sólo del género paleográfico-diplomático —es decir, de compilación, ordenamiento, clasificación y anotación de documentos antiguos— la ingente labor a que se ha dedicado el recipiario, si bien es la más extensa. La vasta obra de Rodríguez Demorizi —que quizás es tan vasta porque siempre ha contado con el aliento y la abnegada cooperación de su esposa Silveria Rodríguez de Rodríguez— se proyecta en varias otras direcciones, además de la tan fundamental de ofrecer fuentes y material de investigación y estudio a los historiadores que le sucederán.



Tiene publicados y en preparación, repertorios bibliográficos dominicanos de una formación lenta y paciente, imposibles de realizar por quien no sea, como él lo es, un benedictino de la historia.

En el campo del folklore ha reunido un refranero dominicano, una colección de poesías populares dominicanas y una enciclopedia del caballo.

De carácter biográfico ha escrito la vida de Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco; un diccionario biográfico de los próceres de la Restauración y, últimamente, "Santana y los poetas de su tiempo".

De interés filológico ha escrito "Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo", artículos sobre Dominicanismos y Haitianismos, etc.

Para la historia de las Bellas Artes tiene publicada "España y los comienzos de la Pintura y la Escultura en América".

Para la historia de la literatura dominicana ha redescubierto a Pedro Francisco Bonó como escritor publicando, precedida de un estudio erudito, su novela "El Montero".

En materia genealógica, ha publicado un tomo acerca de las Familias Hispanoamericanas.

Para la historia de la educación, tiene su estudio sobre Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas.

Para contribuir a la explotación y aprovechamiento de nuestras riquezas potenciales, ha reunido valiosas descripciones antiguas de la riqueza minera y agrícola de Santo Domingo.

Del género antológico nos ha ofrecido las fábulas dominicanas y el romancero dominicano. También "Martí y Máximo Gómez en la poesía dominicana" y el "Cancionero de Liliís", etc.

Ha aportado valiosos documentos para poner de manifiesto las vinculaciones histórico-literarias de Santo Domingo con otros países o con ilustres personajes de otros países en: "Hostos en Santo Domingo", "Martí en Santo Domingo", "Maceo en Santo



Domingo”, “El Cantor del Niágara en Santo Domingo”, “Rubén Darío y sus amigos dominicanos”, “Papeles de Rubén Darío” (que todavía está en prensa) y “Poetas contra Bolívar”.

Rodríguez Demorizi es además autor de muchos discursos y artículos y fue el fundador de la Revista Dominicana de Cultura, que desgraciadamente tuvo breve vida.

Es tan extensa y valiosa su obra de investigador, que quizás algunos no han percibido una dimensión de Rodríguez Demorizi, que quisiera señalar en este respecto. Es su mérito como escritor de estilo pulcro y elegante, lastrado de erudición y embellecido por oportunas imágenes.

La total dedicación de Rodríguez Demorizi a la investigación histórica, desde su primera juventud, es el título que acredita la autoridad de su palabra y que justifica su posición de Presidente de la Academia Dominicana de la Historia. Puede decirse de él que nada que pertenezca o se refiera a la historia dominicana le es ajeno. Con la alta autoridad con que lo inviste su propio saber, ampliamente y reiteradamente demostrado y generalmente reconocido, Rodríguez Demorizi ha presentado hoy a Duarte, por primera vez, en el discurso de ingreso que acaba de pronunciar, dentro de la gigantesca onda del Romanticismo europeo del siglo XIX, que tantas irradiaciones proyectó sobre América. Al hacerlo así, Rodríguez Demorizi ha situado a Duarte dentro de su tiempo, y en función de su tiempo, no ya en Santo Domingo, como se ha hecho hasta ahora, sino en la vastedad del mundo occidental; lo ha mostrado como ciudadano de la época en que vivió, o como expresión ilustre del espíritu que flotaba entonces sobre tierras y aguas, imprimiendo su sello peculiar en las mentes y los corazones.

De este modo tenemos otra faceta duartiana, la faceta romántica, que se armoniza con su faceta mística y con su faceta dinámica.

“Cada día se alza una voz devota para mostrar un nuevo aspecto del Apóstol”, acaba de decir Rodríguez Demorizi a propósito de Martí. “Y algo así quisiéramos decir en este instante” —ha agregado— en relación con Duarte. “Es menester —dijo



también— un análisis más vasto, análisis de laboratorio, en que no quede desconocida una sola sustancia del ser maravilloso”. El recipiendario ha terminado su discurso pidiendo “que en cada uno de nosotros, los duartianos, haya el ardiente afán de descubrir en Duarte alguna virtud nueva; que cada uno de nosotros aspire a la gloria inefable del hallazgo de algún aspecto desconocido de la vida del Patricio”.

Sí, en efecto, a Duarte hay que redescubrirlo cada día. Es urgente dedicarse a la labor de reconstruir al prócer en todas sus dimensiones y representarlo con los contornos y atributos más precisos y más preciosos, para que podamos sentirlo vivo y operante, con el ardor de su espíritu excepcional y el aliento de su acción heroica. Para ello, para que la dosis de verdad predomine sobre la dosis de imaginación y sobre la porción de historia que tiene que completar el discurrir lógico y crítico, el gran auxiliar son los frutos de la paciencia de los investigadores, cuya ingrata labor no siempre se juzga con justicia.

Sólo así he podido percibir y anotar, con signos de verdad o de verosimilitud una serie de virtudes y cualidades duartianas que pretendo someter algún día al público, debidamente ejemplificadas, en un esfuerzo por representármelo vivo y definido en su función de apóstol, caudillo y mártir, y por ofrecer así a mis compatriotas el mejor estímulo moral que es dable a la conducta cívica.

Será el catálogo de unas treinta virtudes duartianas, deducidas de las noticias biográficas que vienen fijándose en torno al Fundador de la República desde los tiempos de los apuntes de José María Serra, Rosa Duarte y Félix María Ruiz hasta nuestros días, pasando por las aportaciones de José Gabriel García, Emiliano Tejera, Fernando Arturo de Meriño, los hermanos García Llubeses, Emilio Rodríguez Demorizi, Máximo Coiscou y Vetilio Alfau Durán.

Quedarán presentadas las virtudes del amor, la fe, el estudio, la diligencia, la valentía, del don de dirigir, del sentido práctico, la disciplina, la modestia, el nacionalismo puro, el desprendimiento, la honestidad, la capacidad de renuncia, la humildad, el sufrimiento, la religiosidad, el misticismo, el sacrificio, la vo-



Junta acerada, la perseverancia, la habilidad política, el estro poético, el pensamiento jurídico-político, la oratoria, el espíritu democrático, el civismo, la civilidad, la devoción a la paz, la pureza, la pobreza cristiana.

Y no sólo facetas de Duarte hay que descubrir y destacar. También momentos, frutos, ejemplos. Hay momentos duartianos cuyo análisis explicaría procesos anteriores y posteriores, o alumbraría actitudes y acciones. Verbi-gratia, el momento de la estancia de Duarte en Saint-Thomas de regreso de Hamburgo, y de su traslado a La Guaira, momento en que Duarte, quizás alimentando renovadas ilusiones en la pureza de su patriotismo, vuelve a percibir de cerca el ambiente de intrigas políticas que ha substituído al espíritu de generosidad patriótica, después de la independencia y siente su alma extraordinariamente sensible el impacto de un hecho trágico, de una tenebrosidad superior a todo lo soñado en la más negra pesadilla.

Analizando este momento, que él mismo recoge en pasaje autobiográfico consignado en los Apuntes Rosa Duarte, se llegaría a la conclusión de que es entonces cuando el patriota resuelve retirarse del mundo, todo lo más que pudiera —como Heráclito de Efeso—, cortar toda comunicación con los hombres y hacer vida de anacoreta entre los indios incivilizados —los buenos salvajes— en las selvas de Río Negro en Venezuela.

“Llegué a Saint-Thomas y me encontré rodeado de consejeros” —dice con amarga ironía. “Unos querían pasase a Haití; que me facilitarían recursos para vengarme de Bobadilla... otros que escribiera a España pidiendo auxilio para enarbolar el pabellón español. Todos pensaban en favorecer sus intereses, ninguno los de la Patria. Mi negativa me atrajo malas voluntades de las que más tarde sufrí las consecuencias”.

Duarte ha pasado tres meses y medio lejos de su país, sin noticias de la Patria; ha estado en parte de este tiempo en el refinado ambiente europeo lejos del torbellino de pasiones que lo lanzó a la cárcel y al exilio. En todo ese tiempo su espíritu ha debido ir derivando, como por ley de psicológica gravedad, hacia su congénito estado de serenidad, de perdón, de amor y de



esperanza; hasta el momento de arribar a la isla de Saint-Thomas.

Allí se entera también de cómo lo ha descrito Bobadilla ante la Asamblea Constituyente, y sabe de las persecuciones y vejámenes sufridos por algunas familias. Le llega asimismo la noticia de que su tío José Díez, por temor a Santana, ha reducido a cenizas sus papeles. Pero lo peor es cuando sabe que sus enemigos en el gobierno han elegido la fecha del 27 de febrero de 1845, primer aniversario de la Independencia, para fusilar a María Trinidad Sánchez y compañeros.

“Mientras yo rendía, en mi inicuo destierro, gracias a la Divina Providencia porque me había permitido ver transcurrir el año sin menoscabo de esa independencia tan anhelada; en mi ciudad natal santificaban tan memorable día los galos cubriendo de sangre y luto mis amantes lares y arrastrando cuatro nobles víctimas a infando suplicio”.

La decisión de desaparecer la veo entre dos párrafos de sus notas, correspondientes al 6 de abril de 1845, que recogen otros tantos pasajes de su biografía. Es decir, después de la desgarradora noticia y de saludar a su familia, expulsa en Venezuela, pero a buena distancia de las garras de Santana. Él sabe, por lo demás, que el pueblo dominicano sabrá resistir las acometidas del antiguo poder opresor, y que Francia no ha aceptado el protectorado propuesto por quienes no creían en la viabilidad de la independencia, y antes de perderse tierra adentro dice: “Abraqué a mi querida madre y hermanas en la Guaira y legué a ese Dios de justicia el castigo a tanta iniquidad, a tanta maldad”. Después de esta frase da cuenta en brevísimo pasaje, como reduciéndolo a un instante de la duración espiritual, de su prolongado retiro en la selva, consecuencia seguramente de su estorpo, de ver salvos ya a los seres queridos y de su legación a Dios. Dice apenas: “Doce años estuve errante en el interior de Veeuzuela”. De aquella anacoresis sólo fue capaz de sacarlo la Patria, cuando de nuevo necesitó del sacrificio de sus hijos para devolverle la independencia.

Así como hay momentos duartianos, como el ejemplificado, que pueden redescubrirse y de los cuales es posible extraer su



sentido e importancia, hay también frutos, como el ideario extraído por Vetilio Alfau Durán, y también ejemplos, como el que dejó a la juventud dorada de todos los tiempos cuando siendo un joven acomodado e instruido, con posibilidad de dar la espalda a su país en desgracia para quedarse viviendo afuera, al igual de tantos otros, prefirió volver a los suyos para compartir sus tristezas, y más aún, para sacrificarse él por el bien de sus compatriotas.

Pero en este momento no hay ya tiempo para nuevos desarrollos, que en venideras oportunidades se podrán someter a la conciencia pública.

Sea bienvenido en el Instituto Duarte el compañero Rodríguez Demorizi y tenga la seguridad de que compartimos la inquietud contenida en la invitación que ha hecho a los duartianos, aportando al mismo tiempo una muestra objetiva de lo que podemos hacer, al presentar la faceta romántica de Duarte.

Con su consagración y sabiduría contaremos en lo adelante para que podamos alcanzar la gloria inefable del hallazgo de aspectos desconocidos del Padre de la Patria.

